

RESEÑAS

LUIS MERINO REYES, *Murcila y otros cuentos*.—Santiago de Chile, 1953.

Luis Merino Reyes posee un estilo y una actitud filosófica que lo diferencian nítidamente entre los escritores chilenos contemporáneos. Coartado por una cualidad de selección estricta y minuciosa, y por una intuición aguda del valor pictórico y psicológico del detalle cotidiano, labora en un sector tan sólo de la población chilena y, dentro de este sector, en un grupo de individuos a quienes la vida les sucede como un ataque glandular, incontrolable, imprevista, moderadamente amarga y, en ocasiones, dulce como una falsa convalecencia. Chilenos de la clase media y popular. Personajes universales en quienes se reconoce la pasión y la esperanza, la nostalgia y la desilusión, el absurdo y la fatalidad, tan comunes en las condiciones presentes. Merino mira la vida como un misántropo mira el movimiento de la calle a través de una persiana ligeramente levantada. Tiene el ojo penetrante de los sabuesos de la sensación y el terror metafísico de ciertos endemoniados que gozan hoy de enorme popularidad. Sus instantáneas de la rutina chilena nos hacen pensar en el Joyce de los *Dubliners*.

Los cuentos de Merino —el que ahora comento es su tercer volumen— no siguen el corte tradicional, tan obvio, del cuento criollista chileno. La trama es mínima, o simplemente no existe. A veces ni siquiera hay un personaje central, sino un complejo de retazos psicológicos. El autor está siempre presente en un segundo plano. Se parece a un director de teatro que goza con el efecto producido por los gestos que ha enseñado a sus actores. Su técnica favorita es el *flash-back* armonizado a veces, pero, por lo general, deshilvanado, espontáneo y lleno de sorpresas.

Su última obra contiene cinco cuentos. Dos de ellos, "El civil" y "El detenido", concentran, en mi opinión, lo más depurado de su fina perspicacia y de su honda simpatía humana; su lenguaje es sobrio y refleja una parquedad que sugiere la más emocionante tragedia sin ceder jamás al sentimentalismo. Otro cuento, como "Relevo", describe los incidentes en la vida de un cuartel, incidentes que resultan de mínima importancia en comparación con la densidad psicológica que se revela en cada personaje, especialmente a través de la sensualidad de la Gata y la resignación mórbida del teniente. "El detenido" es como el apunte de un tema que un novelista del siglo diecinueve hubiese exprimido hasta las heces. Merino lo delinea en tres o cuatro rasgos y la figura de su estafador que, de la respetable tranquilidad burguesa, pasa a la soledad carcelaria, tiene la brutal y, al mismo tiempo, controlada fuerza dramática de las figuras del dibujante Grosz. "El civil" es, quizás, el cuento que más se ajuste a la técnica tradicional. La trama es sencilla y marcha directamente hacia un dramático e imprevisto desenlace. Pero lo que apasiona en la narración no es tanto el incidente culminante como el drama vital del pobre diablo que choca, como un murciélago, contra las paredes desnudas y hostiles de la tosca entereza militar.

Cabe preguntarse, al concluir de leer estos cuentos, si Merino se contentará con las admirables pero limitadas realizaciones de que ha hecho gala en sus tres pequeños volúmenes, o si intentará uno de estos días la creación de una obra, tal vez una novela, de mayor envergadura. Tengo la impresión de que no hay otro escritor chileno, por el momento, mejor dotado para darnos el análisis clínico de la clase media de su país, en un estilo y una técnica que poseen indiscutible categoría estética.

FERNANDO ALEGRÍA

FÉLIX LIZASO, *José Martí, recuento de centenario*.—La Habana, Cuba, 1953.

Dos nombres ilustres, de maestro y discípulo, que se asocian. El primero, por la acción y ámbito de libertad que su pensamiento inspira. El segundo, por la admiración y devoción hacia la obra, cumbre por múltiples conceptos y gigantesca por su variedad y volumen, desarrollada por